

Joaquín Estefanía

Estos años
bárbaros



Galaxia Gutenberg

Joaquín Estefanía

Estos años bárbaros

Galaxia Gutenberg

También disponible en ebook

Edición al cuidado de María Cifuentes

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: noviembre 2015

© Joaquín Estefanía, 2015
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2015

Preimpresión: María García
Impresión y encuadernación: Rodesa
Depósito legal: DL B 17400-2015
ISBN Galaxia Gutenberg: 978-84-16252-46-6

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, a parte las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

*Esto crece. A mis cuatro mujeres
(Ana, Vera, Carlota y Alba)
y a mi hijo Javier.*

Nunca había oído una risa tan alegre
¿dónde la oíste?
En algún momento del futuro
¿Era muy lejano ese futuro?
Qué va, era natural. Sonaba
Así como la nuestra, americana, dulce y espontánea.
La gente conversaba. Sentada en el suelo. Era verano.
Y los ancianos relataban historias de lucha.
Los jóvenes escuchaban. Oí contar
Nuestra propia historia, de nuevo narrada.
Observaban las estrellas
Mientras escuchaban las graves palabras. Alguien cantaba.
Nos amaban a nosotros, que habíamos dejado de existir.
Habían olvidado todos nuestros errores.
Nuestros nombres estaban mezclados. El relato era largo.

Genevieve Taggard, *Long View*, 1939

Prólogo

INFORME CONTRA MÍ MISMO

¿Cuáles son las raíces que prenden, qué ramas
crecen en esos pétreos escombros?

T. S. Eliot, *La tierra baldía*

Un balance devastador

Más pobres, más desiguales, más precarios, menos protegidos, más desconfiados, menos demócratas. Éste es el devastador balance que queda después de años de Gran Recesión en buena parte del mundo, especialmente en el sur de Europa, el laboratorio favorito de los experimentos ensayados con sus ciudadanos. Cobayas de los doctores Mengele de la «austeridad expansiva». En estas circunstancias tan desfavorables, algunos de esos países han tenido que hacer frente a una de las mutaciones más importantes de las últimas décadas: el desplazamiento de centenares de miles de personas que huyen de la muerte y las hambrunas, desde la orilla sur del Mediterráneo.

Una combinación tan alarmante de elementos descendentes en el bienestar no ha coincidido en la historia contemporánea más que en cuatro ocasiones: las dos guerras mundiales, la Gran Depresión de los años treinta, y la crisis económica que dio comienzo en 2007. En España hay, además, otra coyuntura en la que se da ese acoplamiento de circunstancias tan negativas: al final de la guerra civil, en los años cuarenta y cincuenta del siglo pasado.

–Más pobres: se ha reducido la renta de la inmensa mayoría. O porque algunos de los miembros de la familia se quedan en paro, o porque se devalúan los salarios en aras de una

teórica mayor competitividad de las economías nacionales (los inversores extranjeros llegan al país si los costes laborales son bajos, o los empresarios exportan si sus productos son más baratos), o porque los nuevos empleos se remuneran con salarios más escasos o sólo son dignos de «trabajadores pobres», una nueva figura en la estratificación social: aquellos que no llegan a fin de mes y que están peor pagados que sus homólogos con más antigüedad en la misma empresa.

–Más desiguales: la distancia social entre los más ricos y los más pobres ha crecido exponencialmente en el seno de las naciones desarrolladas durante los últimos cuarenta años, pero mucho más en los siete u ocho años más cercanos. En todas ellas hay un Tercer Mundo dentro del Primer Mundo. La Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE), la organización multilateral que agrupa a una treintena de los países mejor situados, hizo público un informe en mayo de 2015 titulado «Por qué menos desigualdad beneficia a todos» en el que se demuestra que las desigualdades entre ricos y pobres se han situado en su máximo nivel al menos desde que inició su medición hace treinta años. Entre 2007 y 2011 (último año analizado) los ingresos en los hogares descendieron prácticamente en todos los países de la organización, pero en mucha menos medida en las capas más privilegiadas.

En los lugares en los que la crisis ha sido menos dura (la mayoría de los países emergentes, en especial América Latina) la desigualdad creció sobre todo porque los ricos se hicieron más ricos, no porque los pobres sean más pobres. En los que la crisis se ha cebado, los ricos son más ricos, los pobres son más pobres y la distancia económica se ha traducido en distancia social y distancia política. En España el 10% de los hogares más desfavorecidos perdió como media más de un 13% de sus ingresos en el periodo contemplado, mientras el 10% de los que más tenían sólo vieron mermar sus ganancias un 1,5% anual. Este aumento de la desigualdad en el seno de algunos países del norte es compatible con que la brecha se haya reducido entre el norte y el sur geopolíticos. ¿Por qué?

Porque la Gran Recesión, al revés que la mayor parte de las crisis en la historia, ha afectado mucho más al centro que a la periferia del planeta. Ésta es otra de sus características.

Oxfam Intermón aporta algunos datos a nivel agregado muy ilustrativos: casi la mitad de la riqueza mundial está en manos del 1% de la población; siete de cada diez personas viven en países en los que la desigualdad económica ha crecido en las últimas tres décadas.

–Más precarios: uno de los argumentos centrales de las reformas estructurales que se han demandado de forma sistemática desde los organismos multilaterales (OCDE, Fondo Monetario Internacional (FMI)...), centros de poder regionales (Comisión Europea (CE), Banco Central Europeo (BCE)...), y diversos *think tanks* públicos y privados (otros bancos centrales, servicios de estudios de patronales, bancos y empresas privadas...) ha sido la flexibilización del mercado de trabajo. Esa flexibilización ha dado como resultado una menor diferenciación entre los trabajadores fijos y temporales en sentido inverso al progreso: los fijos han perdido derechos y seguridades, y se han acercado a las condiciones precarias de los temporales en una especie de carrera hacia el «¡todos precarios!». Se han multiplicado los trabajos a tiempo parcial y otras modalidades de fragilidad laboral (abaratamiento del despido, reducción del seguro de desempleo...) que se han convertido en estructurales. Como resultado, el conjunto del mercado laboral ha devenido más precario.

–Menos protegidos: se han debilitado las prestaciones y los derechos adquiridos del Estado de Bienestar, al que se puede caracterizar como la mejor utopía factible de la humanidad: el sueño de William Beveridge, estar protegido, por el mero hecho de ser ciudadano, desde la cuna hasta la tumba. En el mejor de los casos, los *welfare* nacionales no estaban preparados para crisis económicas tan largas y profundas. En el peor, las políticas económicas aplicadas se han aprovechado para debilitarlos, al considerarlos demasiado generosos (desestimulaban a una parte de la población, que prefería estar protegida a ser activa) o un producto de la

Guerra Fría (los países occidentales cedieron en el modelo social para que los asalariados no pusiesen sus ojos en el socialismo real; cuando éste desaparece, el modelo social –que algunos consideraban un freno al dinamismo capitalista– ya no es necesario). La sanidad universal y pública, la educación, las pensiones, el seguro de desempleo, la atención a los dependientes, la socialización de la negociación colectiva, el derecho del trabajo... han sido demediados o simplemente privatizados. Se pretende sustituir la universalidad por el «conservadurismo compasivo», consistente en cuidar sólo a los más pobres pero sin atender a criterios redistributivos. El gran historiador Tony Judt, prematuramente desaparecido, lo explicó de este modo: «La elección a la que nos enfrentamos en la siguiente generación no es entre el capitalismo y el comunismo, o el final de la historia o el retorno de la historia, sino entre la política de cohesión social basada en unos propósitos colectivos y la erosión de la sociedad mediante la política del miedo».

–Más desconfiados: la distancia entre la práctica teórica (los discursos) y la práctica política (los actos) se ha hecho tan grande que la desafección ciudadana pasa por una fase aguda, muy difícil de paliar. Ni la devaluación salarial, ni las reformas laborales, ni las privatizaciones de los servicios sociales aparecen en los programas electorales con los que las fuerzas políticas se presentan a las elecciones. Son aplicados a traición. Muchos ciudadanos han llegado a la conclusión de que se vive en la mentira política permanente y, como corolario, ellos reaccionan instalándose en la sospecha y el cinismo, o confiando en representantes vírgenes, aunque les proporcionen respuestas simples para problemas muy complejos (el populismo). Para esos ciudadanos descreídos se hace cierta la irónica sentencia de Isaac D’Israeli que encabeza el libro *La mentira os hará libres*, del politólogo Fernando Vallespín: la política ha devenido en «el arte de gobernar a la humanidad mediante el engaño». Vallespín ha llegado a la conclusión de que los políticos de hoy apenas necesitan recurrir a la mentira: ¿para qué hacerlo si es posi-

ble engañar por otros medios? Entre ellos, el más eficaz es la construcción de la realidad a la medida de sus intereses (pronto veremos algún ejemplo de ello). Han adquirido auténtica maestría en el arte del enmascaramiento detrás de marcos, narrativas u otros instrumentos dirigidos a manipular la percepción del mundo. Se pierden todas las certezas salvo la seguridad de que siempre hay alguien que, a nuestras espaldas, nos está engañando. Ello contamina aún más las relaciones entre gobernantes y gobernados.

Como consecuencia de esta desconfianza se extiende el descontento con el funcionamiento de la democracia. En el último barómetro del Centro de Investigaciones Sociológicas (CIS) en el que se incluyeron preguntas específicas sobre este asunto (año 2012), siete de cada diez españoles estaban poco o nada satisfechos con ese funcionamiento. Según el «Informe sobre la Democracia en España 2013», de la Fundación Alternativas, que mide datos de un año antes, el porcentaje de insatisfacción con el funcionamiento de la democracia situaba a España 17 puntos porcentuales por encima de la media europea; si la comparación se hacía con otros continentes, en una muestra de 21 países, España era el que tenía un porcentaje menor de ciudadanos satisfechos con el rumbo emprendido por su país, únicamente superado por Grecia. La desconfianza en el Gobierno y en el Parlamento nacional era la segunda y tercera más alta de la Unión Europea (UE). Igualmente, la desconfianza en la UE se situaba en segunda posición. Las bases de apoyo a nuestro sistema político y económico se habían roto: la consideración de la democracia como mejor forma de gobierno ya no era unánime, y el respaldo a la economía de mercado había dejado de ser mayoritario; las críticas a los partidos políticos se habían agudizado tanto que la mayoría dudaba de su necesidad; el europeísmo había descendido.

Estas intensas oleadas de pesimismo atraviesan de forma transversal los países más dañados por rémoras económicas, y los diversos segmentos de los electorados, hasta tal punto que el politólogo francés Pierre Rosanvallon ha publi-

cado un libro cuyo título lo dice todo: *La contrademocracia: la política en la era de la desconfianza*. En él se analiza el recelo y «la organización de la desconfianza», la transformación de lo que primero fue un simple estado de ánimo o una actitud individual, aunque compartida, en un factor de afiliación política a nuevos partidos, algunos de ellos calificados de «populismos rencorosos» y, en general, a movimientos que cotizan en la bolsa de la antipolítica tradicional. El historiador y sociólogo italiano Marco Revelli se ceba con ironía en quienes no se han privado de caer en comportamientos populistas dentro de la política tradicional, a base de buenas dosis de discursos demagógicos y prácticas indefendibles desde la racionalidad, y ahora acusan tan a la ligera a otros de lo que ellos mismos han practicado.

—Menos demócratas: la relación entre democracia y capitalismo siempre fue inestable. Después de las dos conflagraciones mundiales y durante más de medio siglo ambos términos consiguieron un cierto equilibrio hasta el punto de que se consideró que la una no podía vivir sin el otro, y viceversa. Las contradicciones a esa regla eran consideradas anomalías históricas (Franco, por ejemplo). Durante los años de la Gran Recesión, el binomio democracia-capitalismo se ha torcido a favor del segundo. La percepción ciudadana sobre ello es nítida: los poderes económicos (no representativos) se han impuesto a los poderes políticos (representativos) y los han derrotado una y otra vez.

Wolfgang Streeck, director del Instituto Max-Planck de Colonia, ha analizado cómo los antiguos adversarios (democracia y capitalismo) lograron su reconciliación a través del contrato social de la posguerra, y cómo los abusos del segundo han resucitado la vieja cuestión sobre su compatibilidad. Según Streeck, hasta bien entrado el siglo xx los capitalistas temieron que las mayorías democráticas abolieran la propiedad privada (el comunismo), mientras que los trabajadores y sus organizaciones se inquietaban porque aquéllos financiaran la vuelta a un régimen autoritario que defendiera sus privilegios (los fascismos). Paradójicamente,

sólo durante la Guerra Fría parecieron alinearse juntos capitalismo y democracia, cuando el progreso económico hizo posible que la mayoría de los trabajadores aceptase un régimen de libre mercado y propiedad privada, «resaltando a su vez que la libertad democrática era inseparable, y de hecho dependiente, de la libertad de los mercados y la búsqueda de beneficios».

Han regresado con fuerza las dudas sobre la compatibilidad de un sistema de gobierno democrático con una economía capitalista financiarizada. Muchos ciudadanos sufren la sensación cotidiana de que la política es impotente para resolver sus problemas colectivos, para cambiar sus vidas a mejor. El resultado es una mayor volatilidad del voto, cuyo balance es la fragmentación electoral y el final del bipartidismo imperfecto acuñado tras la Segunda Guerra Mundial debido a la inestabilidad de los gobiernos y a la aparición de nuevas formaciones políticas y movimientos.

Redistribución a la inversa

La legitimidad de la democracia de posguerra se basaba en la premisa de que los estados tenían capacidad para intervenir en los mercados y corregir sus defectos, en beneficio de la mayoría. Décadas de ineficacia y de desigualdad crecientes han sembrado dudas sobre esa capacidad: «Como respuesta a su creciente irrelevancia en una economía de mercado global, los gobiernos y los partidos políticos en las democracias de los países de la OCDE se dedicaron a observar con mayor o menor complacencia cómo “la lucha de clases democrática” se convertía en entretenimiento político posdemocrático».

Mientras tanto, la transformación del keynesianismo de posguerra en una especie de hayekianismo progresaba con rapidez: de una fórmula política para el crecimiento económico por medio de la redistribución de arriba hacia abajo, a otra por medio de una redistribución inversa, de abajo hacia

arriba. Así, la democracia que tiende hacia una cierta igualdad deviene en una carga para la eficacia según ese hayekianismo.

Estas secuelas estructurales de la Gran Recesión –pobreza, desigualdad, desprotección, precarización, desconfianza, desaceleración democrática– van en contra del progreso. Y, por tanto, de la Declaración Universal de Derechos Humanos de 1948, cuando dice que «las Naciones Unidas han reafirmado en su Carta su fe en los derechos fundamentales del hombre, en la dignidad y el valor de la persona humana y en la igualdad de derechos de hombres y mujeres; y se han declarado resueltas a promover el progreso social y a elevar el nivel de vida dentro de un concepto más amplio de la libertad». Las Naciones Unidas han sido uno de los actores orillados en esta Gran Recesión. Ni se las menciona.

También lo ha sido el concepto de ciudadanía, en la interpretación no superada hasta ahora que le dio el sociólogo Thomas H. Marshall, profesor de la London School of Economics, a mediados del siglo anterior. Una persona es ciudadano si es a la vez triplemente ciudadano: ciudadano civil, ciudadano político y ciudadano social o económico. No valen dos de tres. El elemento civil se compone de los derechos para la libertad personal: libertad de expresión, de pensamiento y de religión, de reunión, derecho a la propiedad y a establecer contratos válidos, y derecho a la justicia. El elemento político es el derecho a elegir y ser elegido en el proceso democrático; a participar en el ejercicio del poder como miembro de un cuerpo investido de autoridad política o como elector de sus miembros. El elemento social o económico abarca desde el derecho a la seguridad y a un mínimo de bienestar económico, al de compartir plenamente la herencia social y vivir la vida de un ser civilizado conforme a los estándares predominantes en cada sociedad.

Los tres elementos se han de dar *por* el hecho de ser ciudadanos, no *para* ser ciudadanos. Esta integridad del concepto de ciudadanía ha saltado hecho trizas con la explosión del desarraigo y la extensión de las categorías de excluidos

del bienestar. Hay que reivindicar a la Hannah Arendt del «derecho del ciudadano a tener derechos». Durante los últimos años, el factor de la ciudadanía ha sido muchas veces olvidado y sustituido por lo que otro sociólogo, Robert Merton, definió como *efecto Mateo*, en recuerdo del evangelista del mismo nombre: «Al que más tiene más se le dará y al que menos tiene se le quitará para dárselo al que más tiene».

De tal manera se ha roto el pacto social implícito que ha estado vigente desde la mitad de los años cuarenta del siglo pasado: quien cumple las reglas del juego consigue la estabilidad y la tranquilidad, progresa. Una buena formación intelectual, la mejor educación, el esfuerzo permanente, la honradez y la suerte aseguraban el bienestar. Con un empeño personal calvinista, el funcionamiento de las instituciones de la democracia y el progreso económico general, el nivel de vida mejoraría y nuestros hijos vivirían mejor que nosotros. Unos, los más favorecidos, se quedarían con la parte más grande de la tarta pero a cambio, los otros, la mayoría, obtendría trabajo e iría hacia arriba poco a poco en la escala social. Incluso algunos de estos últimos traspasarían la frontera imaginaria y llegarían a formar parte de los de arriba. Ya no es así.

La hipótesis de este libro es la siguiente: incluso si a partir de ahora se diese por clausurada la crisis denominada Gran Recesión y las zonas más afectadas por la misma volvieran a una cierta «normalidad» (crecimiento económico, generación de empleo, equilibrios macroeconómicos...), las características negativas citadas no desaparecerán porque se han hecho estructurales. Porque no se deben tanto a la crisis como a su gestión: las políticas económicas de «austeridad expansiva» aplicadas durante casi una década mutaron el ADN de muchas sociedades y han dado lugar a un nuevo modelo de las mismas, muy distinto del anterior, y que va a quedarse entre nosotros durante largo tiempo.

La cuestión es si la democracia, tal y como la hemos conocido, no va a quedar también devastada, como el modelo

social. El deterioro ha recorrido tres grandes etapas. La primera fue la revolución conservadora, a principios de los años ochenta, la transformación del keynesianismo de posguerra en lo que vino a denominarse neoliberalismo, que progresó con rapidez de la mano de Margaret Thatcher y Ronald Reagan. Aprovechando las debilidades del keynesianismo, que no había sabido superar la *estanflación* (estancamiento con inflación), los conservadores lo dejaron herido de muerte y lo sustituyeron con una mezcla de liberalismo clásico y capitalismo de Estado. La segunda etapa fue la caída del Muro de Berlín: en este caso, la víctima fue el comunismo como sistema alternativo, con todo lo que podía tener de emulación para los trabajadores del mundo entero. Por último, la Gran Recesión: si en los años ochenta del siglo pasado se fragilizó a la socialdemocracia keynesiana, si en los noventa se acabó con el socialismo real, a partir del año 2007 se señala a la democracia como un sistema político capaz de frenar el ímpetu de los mercados. La razón económica se hace prevalente respecto a la razón política, y así lo percibe la mayoría ciudadana.

Como las otras crisis mayores del capitalismo (las dos guerras mundiales y la Gran Depresión), hace mucho que la Gran Recesión dejó de ser una mera crisis económica y abarcó muchos otros terrenos, el político, el social, el filosófico, las formas de pensar y de vivir cotidianas de los ciudadanos afectados. Pero su epicentro fue económico y el principal debate ideológico ha tenido lugar en el campo de la economía. La parte fundamental de cualquier proyecto político es hoy su programa económico. Sólo desde la pereza intelectual se puede calificar de liberales a las políticas que se están aplicando para combatir la situación. El neoliberalismo dominante (a pesar de que a muchos liberales no les gusta el prefijo «neo» aplicado al calificativo liberal, fue utilizado por primera vez en las reuniones de la sociedad Mont Pelerin, creada por Friedrich von Hayek, y considerada la Internacional de los economistas liberales; luego corrigieron y no lo volvieron a usar) se compone al mismo tiempo de las

tradicionales teorías liberales del *laissez faire* y de una práctica intervencionista, de capitalismo de Estado, que es la que ha salvado de la quiebra al sistema financiero internacional, invirtiendo en los bancos (y en algunas industrias, como las aseguradoras o las empresas automovilísticas) paladas de dinero público. Como escribió Mark Twain, un banquero es un señor que nos presta un paraguas cuando hace sol y nos lo exige cuando empieza a llover.

Así pues, el neoliberalismo conservó en parte el concepto de liberalismo pero tiene esencias muy significativas del capitalismo de Estado. En ocasiones, prima el liberalismo (generalmente cuando las cosas van bien para los que mandan); en otras, la componente de capitalismo de Estado es la dominante (en operaciones de salvamento). Ahora el sistema capitalista ha superado el colapso con la mayor intervención pública de la historia, mientras la retórica apelaba a la sustancia de la economía de mercado. Se utilizó el Estado para intereses particulares. La intervención pública constante impidió que se hundiera el capitalismo liberal, pero cuando se consiguió ese objetivo, el *establishment* financiero y sus intelectuales orgánicos, incrustados en el mundo de la política, evitaron cualquier tipo de debate sobre sus incoherencias; prefieren que se polemice sobre el mercado del trabajo, vivir por encima de las posibilidades, los gastos del Estado o sobre la insuficiencia de las pensiones públicas, que sobre la situación de solvencia de los bancos, los avales, garantías y liquidez que reciben, y en qué condiciones, y sus prácticas de riesgo con los ahorradores más humildes (por ejemplo, las participaciones preferentes). Ese *establishment* también ha tratado, con bastante éxito, de rehabilitar el viejo orden. Así, la crisis (y los fallos) del mercado se convirtieron, por arte de birlibirloque, en la crisis (y los fallos) del Estado.

En la religión católica, uno puede cambiarse el nombre con el que fue bautizado mediante el sacramento de la confirmación. Esto es lo que ha pasado con la crisis financiera que, según el economista norteamericano Mark Blyth, ha dado carta de naturaleza «a la mayor operación de engaño con se-

ñuelo de la historia moderna». Así, unos problemas que se debían, sobre todo, al endeudamiento del sector privado bancario fueron endosados al sector público bajo el título de deuda generada por un gasto público fuera de control; por el célebre «vivir por encima de nuestras posibilidades». Las fragilidades de los bancos y otras empresas acabaron generando un agujero en el sector público (en forma de déficit y deuda pública) que los ciudadanos se vieron obligados a enjugar en forma de sacrificios salariales y disminuciones de la protección social, soportando unos programas de austeridad que –ahora lo sabemos– no han servido para mejorar la situación sino para hacerla más calamitosa. La crisis fiscal ha sido la consecuencia de la crisis financiera, no su causa. Allí donde había irregularidades hipotecarias, responsabilidad de los bancos por su opacidad, abusos y comercialización de productos complejos a todo tipo de inversores, concesión de créditos dentro del «capitalismo de amiguetes»... ahora hay deuda pública y recortes del Estado de Bienestar. En un asombroso juego de manos a lo Houdini, se ha convencido a una parte de la opinión pública de que la verdadera crisis no son los estragos que la quiebra de las leyes de la ortodoxia financiera y del riesgo moral (que cada palo aguante su vela) han causado en el empleo, la protección, la muerte de centenares de miles de pequeñas y medianas empresas por falta de capital circulante y de crédito, y en el nivel de vida, sino el incremento de la deuda pública en que han caído los gobiernos para pagar aquella quiebra.

Es el extraño triunfo de las ideas equivocadas. La victoria de los trileros. La aplicación de las teorías de los «silencios sociales» que se explican en muchas escuelas de negocios, según las cuales hay aspectos de la realidad que es mejor omitir o ignorar para no complicar aún más la situación, y tratar a esa misma realidad como compartimentos estancos de modo que nadie, o casi nadie, pueda conocer el conjunto. Los «silencios sociales» y tomar las partes por el todo, ya lo dijo Jean Baudrillard, ayudan a reproducir el sistema y las estructuras de poder a lo largo del tiempo.

La teoría de la «austeridad expansiva»

El extraño triunfo de las ideas equivocadas se puede aplicar, con todo derecho, al siniestro concepto de «austeridad expansiva», que es como se teorizó el austericidio aplicado a países como Grecia, España o Portugal. El economista australiano John Quiggin tuvo la feliz ocurrencia (de la que luego se apropió Paul Krugman, que la extendió mediáticamente) de dar el nombre de «zombis económicos» a aquellas ideas económicas que no acaban de desaparecer, ni siquiera teniendo en contra un conjunto de incongruencias lógicas y un buen número de fallos empíricos monumentales. Teorizada por dos economistas italianos que trabajan en la Universidad de Harvard, Alberto Alesina y Silvia Ardagna, la «austeridad expansiva» decía que, independientemente del nivel inicial que pueda tener la deuda, todo gran ajuste fiscal que base sus objetivos en recortar el gasto y vaya acompañado de moderación salarial tendrá carácter expansivo. No sólo es que no lo haya tenido, sino que ha hecho a la mayoría de esos países más pobres, más desiguales, más precarios, menos protegidos, más desconfiados y menos democratas. Buena cosecha. ¿Quién asume las responsabilidades?

Ni se ha crecido más (el planeta sufre un «estancamiento secular», según el poco sospechoso Larry Summers), ni han disminuido los niveles de deuda, sino que han aumentado. En el mundo imaginario de los austericidas, la «austeridad expansiva» siempre afecta a otros. La mayor tragedia no es que haya dañado a la macroeconomía (crecimiento y deuda), sino el enorme sufrimiento humano que ha causado, algo de lo que deben hablar los economistas y los políticos que son deudores intelectuales de los mismos, no sólo los teólogos o los moralistas. Al aplicar este tipo de terapia, los que en economía tanto recurren a las metáforas médicas para describir el estado de las cosas han olvidado la ancestral ley suprema de la profesión médica, «Ante todo, no hacer daño», y han utilizado la política económica de la auste-

ridad como un agente patógeno que es «la causa de la causa» de la enfermedad social. Como consecuencia de ello, tanto tiempo después del inicio de las dificultades económicas prosigue el declive profundo y prolongado de los sectores más vulnerables. Mala receta y peor práctica médica.

Por último, pero no menos importante, la «austeridad expansiva» ha aniquilado al concepto primigenio de austeridad, que era progresista y que puso en circulación durante los años setenta uno de los personajes más lúcidos de la izquierda europea, el italiano Enrico Berlinguer. Éste, secretario general del gran Partido Comunista Italiano (el de Gramsci), reivindicó la austeridad dentro de la teoría de los límites del crecimiento que había estudiado el Club de Roma con motivo de las crisis del petróleo como una de las herramientas centrales para impugnar de raíz un modelo de crecimiento basado en el despilfarro de los recursos naturales, en el consumismo desaforado y para combatir un cambio climático del que entonces no se hablaba con la urgencia y la preocupación de ahora.

La Gran Recesión ha hecho más explícitas las tres fracturas que desestructuran ahora las sociedades y que activan, sin embargo, el germen de la política, y hasta de la hiperpolitización: a la tradicional distinción ideológica entre la derecha y la izquierda, nacida de la Revolución francesa, se ha unido el *cleavage* entre los de arriba y abajo y, más que nunca, la separación entre el mundo del trabajo y el del capital. Es paradójico que en una coyuntura en la que han aumentado tan excepcionalmente las desigualdades que han polarizado a la ciudadanía (económicas, políticas, de oportunidades y de resultados) las diferencias entre la izquierda y la derecha establecidas se hayan hecho menores. Ello no ha sido por la convergencia hacia el centro de ambas posiciones ideológicas, ya que la derecha ha permanecido en su lugar o se ha desplazado aún más hacia su extremo; se ha debido sobre todo al giro hacia el centro, o hacia posiciones social-liberales de la socialdemocracia tradicional, con el abandono de algunos de sus postulados identitarios en materia de

fiscalidad, gasto público, inversión pública, empresas públicas, etcétera, y una convivencia más cercana con los sectores empresariales que con los sindicales. Ha habido analistas que han comparado el papel de los conservadores y los socialdemócratas con los gemelos de la Alicia de Lewis Carroll, iguales en apariencia aunque algo diferentes en su comportamiento. Este estrechamiento ideológico es el que ha dado alas a los que defienden que en esta coyuntura histórica la contradicción principal no se da entre derecha e izquierda sino entre los de abajo y los de arriba, entre el pueblo y el *establishment*, entre *l'uomo qualunque* y «la casta», facilitando la reformulación de la política y con la remisión del bipartidismo imperfecto, en funcionamiento desde la segunda parte de los años cuarenta.

El indicador por antonomasia del buen gobierno, de la buena política, es la mejora del bienestar de la gente: atender a los intereses de los ciudadanos y protegerlos en tiempos difíciles. Los resultados de la crisis no permiten poner una nota alta a este indicador. En muchos momentos, la evolución de los mercados ha determinado el funcionamiento de la historia. Cuando relatemos la Gran Recesión a nuestros hijos o nietos, no nos juzgarán en función del crecimiento económico o de la reducción del déficit sino de cómo cuidamos de las personas que iban quedándose por el camino, quizá nosotros mismos, y cómo solucionamos las necesidades más fundamentales de nuestras sociedades: el bienestar, la salud, la educación, el desempleo, etcétera. Tendrán que pasar décadas hasta que el gran jurado de la historia haga un balance equilibrado de lo ocurrido no sólo desde el año 2007, sino en el tiempo anterior, cuando se incubaron los desequilibrios que luego estallarían. En el público, muchos esperan que el veredicto de ese gran jurado sobre la gestión de la crisis sea unánime y de «culpable en primer grado». Un economista como el heterodoxo Steve Keen entiende que la distancia histórica concederá un grado de mayor dureza a la Gran Recesión actual que a la Gran Depresión de los años treinta del siglo pasado. Primero, porque a

pesar de haber sido mucho menos profunda será más larga y compleja; segundo, porque de ella no se sale con un aparato teórico que aplicar en tiempos de crisis, como fue el keynesianismo tras el *crash* de 1929 y años siguientes. Según este economista, a la Gran Recesión se le acabará denominando la Segunda Gran Depresión.

El mundo que emerge será muy diferente del que hemos conocido. Sabemos que la línea roja de lo que nuestros conciudadanos exigen, porque lo manifiestan todas las encuestas, es que no se quede nadie atrás, que el coche escoba los recoja, y que las normas de funcionamiento del sistema garanticen la igualdad de oportunidades que han roto las élites. La fotografía fija no proporciona unas imágenes muy estéticas: una socialización de pérdidas que ha supuesto trasvasar una parte muy significativa de la deuda privada a la deuda pública mediante el rescate a la banca; una devaluación general de las condiciones de vida en salarios, requisitos del trabajo, pensiones, protección social, con el objetivo de que el capital recupere la tasa de beneficios; y una masiva evasión de impuestos con distintas modalidades y su sustitución por deuda (los impuestos se pagan en relación a la renta y la riqueza, y no se devuelven; la deuda la pagan todos los ciudadanos por igual y se devuelve con intereses a quien presta el dinero: los bancos). Lo que queda después de estos años es un poder financiero incontrolado, un modelo social herido de muerte, y estados sin nervio político, o porque se ha trasladado parte de su poder a instancias regionales con menos legitimidad democrática, o porque han perdido parte de su poder tributario.

Con este panorama general, la cartografía social ha cambiado. Las sociedades poseen, en general, tres grandes clases sociales: unas élites, escasas en número, que se escinden del resto y viven en su mundo (urbanizaciones propias, con servicios sociales propios, educación privada de alta gama) y que se resisten a pagar los impuestos que le correspondrían, precisamente por ello: porque han renunciado a los servicios universales del Estado de Bienestar y tienen un mi-

crocosmos sin fronteras, en el que viven. Estas élites son los «nuevos invisibles» de la crisis; procuran no hacer ostentación de su distancia social porque saben que son el objeto de la indignación del resto de la sociedad, que critica su egoísmo y el hecho de que, en el peor de los casos, hayan salido indemnes de las dificultades económicas y, en el mejor, que se hayan aprovechado de ellas para alejarse aún más en la escala social.

El declive de las clases medias no es un relámpago que haya llegado sin previo aviso. Emparedadas entre los de arriba y el *precariado*, han sido subsumidas entre los perdedores de la crisis. Es lo que refleja la pancarta del Zuccotti Park de Nueva York, donde se dio cita el movimiento más representativo de los indignados de todo el mundo, Occupy Wall Street: «We are the ninety-nine percent» («Somos el 99%»). La «ilusión monetaria» de las clases medias se quebró con la Gran Recesión. Hasta inmediatamente antes de la misma, una parte muy amplia de la población, acostumbrada a vivir en un ciclo de crecimiento muy largo (casi tres lustros seguidos), se sentía ascendente, con un incremento permanente del consumo gracias a un aumento de los ingresos o de un endeudamiento muy fácil de obtener. La crisis les cayó encima. Mucho más cuando comenzaron a aparecer —con rapidez— focos de pobreza imprevistos entre sus integrantes, con pérdidas de renta y, sobre todo, de seguridad económica. Se da entonces una antinomia muy potente: clases medias en cuanto a formación, mentalidad y atributos, con condiciones vitales propias de las antiguas clases bajas.

Una nueva clase social emerge de la crisis con una potencia inusitada: el precariado, un neologismo que combina el calificativo de «precario» con el sustantivo de «proletario». Este precariado, que cada vez unifica a más categorías de los estratos maltratados, es muy heterogéneo: parados de larga duración, trabajadores temporales, trabajadores a tiempo parcial, «trabajadores pobres» que no llegan a final de mes, antiguas clases medias y profesionales liberales, falsos autónomos que trabajan en el seno de las empresas pero tienen

que financiarse su seguridad social, becarios que permanecen en esa situación mucho más tiempo del que se considera objetivo para esa figura, etcétera. En sus condiciones de vida no flota la sensación de futuro, y es improbable que puedan acceder a algunas prestaciones anteriormente consideradas universales del Estado de Bienestar (pensiones o seguro de desempleo) porque sus periodos de cotización suelen ser más cortos de lo necesario.

El precariado es la consecuencia directa de las «reformas laborales» que se han aplicado para flexibilizar los mercados de trabajo, unas reformas que han suspendido, sin reconocerlo, el contrato social de los antiguos trabajadores estables a los que las empresas ofrecían seguridad y formación en el puesto de trabajo a cambio de fidelidad y subordinación. En algunos países, el precariado está llegando a ser la cuarta parte de la población activa, y creciendo. Generan amplia preocupación en el conjunto de la ciudadanía porque ésta se siente retratada en ellos: la realidad indica que muchos de nosotros, nuestros hijos, nuestros parientes, nuestros amigos, podemos caer en ese pozo de inseguridad con mucha más rapidez que antes, y con la facilidad que da el que la legislación lo favorezca.

España ha sido uno de los laboratorios preferidos de la crisis. Superada la fase de recesión de la misma, instalada en una nueva fase de crecimiento, el país presenta un perfil muy significativo de sociedad dual, en el que el 70% de la población, con más o menos devaluaciones de su nivel de vida, ha seguido adelante, mientras que el 30% restante (unos catorce millones de personas) está condenado a vivir en la pobreza relativa (en relación con los estándares de la sociedad), absoluta (vivir con dos euros o menos diarios), o en una vulnerabilidad permanente. Este 30% en declive está sometido a un elevado deterioro de sus condiciones de vida y sin esperanzas de recuperación sustancial durante, al menos, una década.

Transformar esta realidad será imposible simplemente a través del crecimiento, punto a punto, del Producto Interior

Bruto (PIB), como si lo ocurrido fuese una crisis cíclica más. La Gran Recesión ha sido demasiado devastadora para ello. Se precisará algún tipo de disrupción exógena (en otros momentos fueron los precios del petróleo, la caída de los tipos de interés, la entrada en Europa, la democratización de las tecnologías de la información y la comunicación) o endógena, que es difícil de pronosticar. Como después de las dos guerras mundiales, los ciudadanos, cansados, exhaustos, desean volver a una «normalidad» que es una ensoñación, porque nunca existió: al mundo anterior a la crisis. En la confrontación entre la realidad y el deseo se ha extendido una sensación de *fin de siècle*, de un fin de época que ha supuesto el paso de la estabilidad a la incertidumbre. Es difícil responder a la cuestión de qué pueden esperar para sus proyectos vitales los desempleados mayores de cuarenta y cinco años, de larga duración, o los jóvenes que no consiguen una inserción laboral en su país con perspectivas de largo plazo y de salir de un precariado de alcance. Cuando a alguien le prende este pesimismo puede recordar la melancolía de Yannis Varoufakis, el que fuera polémico ministro de Finanzas griego, cuando escribía su libro *El Minotauro global* y reflexionaba sobre las aporías. Una aporía es un razonamiento del que surgen contradicciones o paradojas irresolubles. Dice Varoufakis que nada nos humaniza más que la aporía, ese estado de intensa perplejidad en el que nos encontramos cuando nuestras certezas se hacen añicos; cuando de repente nos encontramos en un punto muerto sin poder explicar lo que ven nuestros ojos, que a veces son verdades insostenibles.

Se ha generalizado esta triple decepción que hace más de un lustro describió Joseph Stiglitz, y que tanto se ha repetido: primero, los mercados no funcionan porque son ineficaces y opacos; el ejemplo mayor de ello es el mercado de trabajo. Segundo, el sistema político no corrige los fallos de esos mercados, que es su principal función, aquello por lo que está justificado. Y tercero, y como efecto de lo anterior, tanto el sistema económico (la economía de mercado) como

el sistema político (la democracia) sufren de una desafección creciente. Son víctimas y verdugos, a la vez, de la Gran Recesión.

El bienestar de las jirafas

Marco Revelli se ha acordado de la «parábola zoológica» de John Maynard Keynes, que figura en uno de sus *Ensayos de persuasión*. El maestro de Cambridge analizaba en ese ensayo las inconsecuencias del dogma del liberalismo económico, la irrealidad de sus presupuestos teóricos, lo destructivo de las consecuencias «de un método de encumbrar a los buscadores de beneficios que tienen más éxito mediante una despiadada lucha por la supervivencia», un método que selecciona «al más eficiente por medio de la quiebra del menos eficiente» y que considera el resultado así alcanzado «un bien permanente para todo el mundo».

«Cuando el objetivo de la vida», escribe Keynes, «es alimentarse de las hojas de las ramas hasta la máxima altura posible, la forma más verosímil de lograrlo es permitir que las jirafas que tengan el cuello más largo dejen de morir de hambre a las que tienen el cuello más corto». El neoliberalismo pretendió dulcificar la dura moraleja de la parábola de Keynes superponiendo una especie de ensoñación con final feliz con la teoría del «goteo hacia abajo»: los beneficios de una política económica favorable a los más ricos acabarán descendiendo, tarde o temprano, hasta los más pobres y beneficiando a todo el mundo.

Así nació la «curva de Kuznets», que toma el nombre del economista Simon Kuznets, que fue galardonado en 1971 con el Premio Nobel de Economía. La «curva de Kuznets» tiene forma de campana (una «U» invertida). En el eje horizontal se mide el desarrollo económico, sintetizado por el PIB per cápita, y en el eje vertical la tasa de desigualdad, medida por el índice de Gini. La curva dice que un desarrollo acelerado produce, en una primera fase, desigualdades cre-

cientes hasta un punto de inflexión más allá del cual la desigualdad empieza a descender. A partir de la década de los ochenta del siglo pasado se empezó a hacer un uso ideológico del modelo, con el fin de neutralizar las críticas contra los efectos desigualitarios del modelo de desarrollo vigente. «En pocas palabras», escribe Revelli, «con el fin de sostener ante los gobiernos de todo el mundo el cínico lema *gross now, worry about poor later* (crece ahora, y después preocúpate de los pobres). Se generaría así un mecanismo virtuoso que, espontáneamente, crea riqueza añadida y, en parte, la redistribuye en virtud de una especie de “fuerza de gravedad” natural, sin que la intervención del Estado llegue a obstaculizar o a atacar el mecanismo».

La Gran Recesión no se ha parecido en nada a ello. Si nos preocupa «el bienestar de las jirafas», sigue siendo válida la exhortación de Keynes a no soslayar «el sufrimiento de las que tienen el cuello más corto y que acaban muriendo de hambre, ni las tiernas hojas que caen al suelo y que son pisoteadas en la lucha, ni la sobrealimentación de las jirafas con el cuello más largo, ni la perversa mirada de ansiedad o de beligerante codicia que ensombrece los apacibles rostros de la manada».

La «curva de Kuznets» tampoco ha servido en estos años bárbaros.

Me he dado cuenta de que la mayor parte de los libros que he escrito en los últimos años –incluido éste–, de los artículos que he publicado en la prensa, de las conferencias y de las clases que he impartido volvían obsesivamente al mismo asunto: el futuro de la democracia, la calidad de la democracia. La economía era una especie de justificado trampantojo, aunque también sea mi especialidad, y su importancia es tanta que, en última instancia (sólo en última instancia), los comportamientos económicos determinan los demás. Esta obsesión por el sistema democrático y sus aplicaciones tiene su justificación en el hecho de haber vivido el primer cuarto

de siglo de mi existencia (el mejor, la juventud) bajo una cruel y larga dictadura. Probablemente sólo quien conozca las consecuencias de una dictadura puede saborear lo mejor de la democracia, con todos sus defectos. La historia del siglo xx en España no fue precisamente la historia de una normalidad estable: 25 años de monarquía constitucional no democrática, siete de monarquía con dictadura, ocho de república, de los cuales tres se desarrollaron en una espantosa guerra civil, 36 de dictadura franquista, y sólo el resto de democracia. ¡Bendita democracia, con más o menos calidad!, en la que uno puede rectificar sin que ocurra nada. Tantas veces hay que rectificar... Por ello he titulado este prólogo *Informe contra mí mismo*, siguiendo la estela de aquel libro mayor del inolvidable cubano Eliseo Alberto.

El título del libro fue inspirado, sin él saberlo, por el director de cine Fernando Colomo.